

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 3478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1587

Valores y giros a A. Barrera

## Consideraciones

En los funerales de Bakunin, que tuvieron lugar en Berna el 3 de Julio de 1876, se aprobó una resolución concebida por James Guillaume en este sentido: "Los trabajadores reunidos en Berna con ocasión de la muerte de Miguel Bakunin, y que pertenecen a cinco naciones diferentes, los unos partidarios del Estado obrero; los otros de la libre federación de los grupos productores, piensan que una reconciliación no solo es muy útil, muy deseable, sino muy fácil, sobre el terreno de los principios de la Internacional, tales como fueron formulados en el artículo tercero de los estatutos generales revisados en el congreso de Ginebra de 1873".

Este piadoso deseo, a cuya realización dedicó Guillaume tantos esfuerzos, puede servirnos, en sus resultados, para trazar hoy nuestra línea de conducta. Ese ofrecimiento de reconciliación bajo una misma bandera de las fuerzas autoritarias y de las antiautoritarias del movimiento obrero, podía ser lógico y necesario cincuenta años atrás, cuando la experiencia y la claridad de las ideas no habían demostrado aún que la autoridad y la libertad son como el agua y el fuego y sólo pueden marchar juntas cuando una mata a la otra, cuando una absorbe o sofoca a la otra.

En momentos a la reconciliación propuesta en los funerales de Bakunin, los autoritarios renovaron las calumnias contra el gran muerto, "nuestro inmortal Bakunin", como decía Michelet en 1855, aún antes de haberse revelado plenamente la personalidad del gran agitador. Hubo algunas voces más a menos hipócritas en el campo mismo de la social democracia que se hicieron eco del llamado a la fraternización de todas las tendencias revolucionarias; y en septiembre de 1877 se celebró el congreso de Gante, a pedido de la Federación belga, al cual fueron invitados todos los socialistas, sin distinción de opiniones, desde los partidarios del Estado popular a los anarquistas más intransigentes, desde Liebknecht a Kropotkin. Los resultados de ese congreso demostraron al propio Guillaume que el camino de la unificación de los autoritarios y de los antiautoritarios no era el camino de la revolución social.

Posteriormente se han hecho repetidos intentos de unificar en un organismo común y único todas las corrientes revolucionarias del proletariado, hasta que por fin llega el congreso de Londres de 1896 y los autoritarios dan, con las puertas en las narices a los anarquistas empujados en mezclar y confundir el agua con el fuego, la libertad con la autoridad.

Llegamos luego al período de la revolución rusa de 1917, y en lugar de tener en cuenta que las divisiones naturales del campo obrero no son dadas a Marx y a Bakunin, que no son meras divergencias formales, sino profundas cuestiones de principios irreconciliables, parece que no hemos comprendido todavía que una reconciliación por el estilo, por encima de las ideas, es fatal para el porvenir de la revolución.

Uno de los sindicalistas anarquistas alemanes más conocidos y típicos nos decía hace poco que si ellos, en vez de permanecer años y años en las filas de la oposición del partido social democrático, hubieran proclamado desde el principio, allá por 1890, su independencia como organización, tal vez a estas horas el proletariado alemán, y con el proletariado alemán el de todos los países ger-

mánicos influenciados por el autoritarismo marxista, estaría en otra situación política e ideológica. Esta es una verdad que se comienza a comprobar poco a poco en todos los países y que si algún día llega a ser reconocida nos ahorraría amargas e inútiles experiencias.

La historia no puede hacer a los anarquistas el reproche de haber roto la unidad de las organizaciones obreras, sino el de haber luchado demasiado tiempo por esa utopía y el no haber querido tener en cuenta las repetidas experiencias del fracaso.

en una organización anarquista. Lo esencial de una organización, lo que la mantiene, le da razón de ser y la caracteriza no es la organización misma, sino el propósito que persigue; lo esencial no es estar organizado, sino estar orientado en los problemas que plantea la vida; la organización es un resultado de la orientación de los individuos o de los grupos en un sentido general; en el orden de la sucesión, la organización no es la causa, sino el efecto, el resultado. Donde existe una organización existe una bandera, es decir, el símbolo de una aspiración. Las

mo piensa no piensa completamente, decía un filósofo francés. Nosotros nos explicamos perfectamente que si el jugador de foot-ball, cuya mentalidad por lo general suele quedar demasiado en la penumbra, prescinda de sus ideas en sus juegos; vemos por todas partes cómo surgen grupos foot-bolísticos comunistas, social-demócratas, de esta nacionalidad o de la otra, de una fracción social o de otra... Y la contienda de las ideas se lleva hasta las palabras deportivas, y cuando triunfan los del propio partido en ese terreno tan poco honorable y revolucionario, la satisfacción y el orgullo alcanza no sólo a los jugadores, sino a todos sus correligionarios. En la prensa comunista podemos encontrar el misérrimo histórico e hipócrita cuando triunfa un grupo foot-bolístico comunista que cuando es ganado, una huelga por los trabajadores afiliados al partido. Y esta es natural y es comprensible. Si los anarquistas fuéramos aficionados de esa naturaleza, tal vez hicieramos lo mismo; pero no tenemos aficiones semejantes, precisamente a causa de nuestras ideas. Cuando los socialdemócratas alemanes se reúnen en congreso, entre sesión y sesión suelen trabarse en duros redoblados alrededor de los vasos de cerveza; los contingentes son, por lo general, los de una región contra los de otra o los de fracciones distintas; y en ese duelo el punto de honor de los beligerantes no es inferior al expresado en los debates; los congresos triunfantes se enorgullecen de haber vencido a un adversario bebiendo más cerveza que el no desde el punto de vista de la victoria individual sino como miembros de un grupo; al entablar ese duelo no se considera el honor del triunfo del individuo, sino el de la fracción o de la región a que pertenecen.

Junto a esas extensiones de la influencia de las ideas en actos del hombre parecen tan extraños a toda ideología, quereamos recordar, a Simón Radowitzky. En una de sus cartas a un amigo, hemos leído un pensamiento que nos ha producido una gran impresión; que él procuraba obrar en el presidio como anarquista de manera que no se pudiera echar una mala sombra sobre la anarquía a causa de su conducta.

Pléñese en esa actitud de consecuencia. Radowitzky comprende su responsabilidad como anarquista, y sabe que una mala acción suya sería perjudicial para las ideas en general; procura, aún en la situación excepcional en que se encuentra, predicar con el ejemplo de su vida lo que importan las ideas que profesa. El hombre que piensa hondamente, obra como piensa. Es natural.

Lo que no es natural, lo que no es comprensible es la suposición de que un miembro de un sindicato deje su personalidad en la calle; es decir, que obre como miembro del sindicato por una parte y por otra como anarquista, como socialista, como fascista. Ese desdoblamiento es una invención metafísica, como el desdoblamiento del alma y del cuerpo. Somos lo que somos, y nuestra personalidad interior se revela en todos los terrenos; si somos pobres de espíritu y mancos de corazón, seremos buenos feligreses, buenos soldados, buenos ciudadanos, buenos pagadores de contribuciones al Estado y a la organización a que pertenecemos; si somos así, encontraremos en todas partes un amo, un pastor, y no nos encontraremos ni en el cuartel, ni en la vida social, ni en el sindicato, ni en nosotros mismos. Si somos rebeldes, no dejaremos la rebeldía a la puerta del cuartel como aconsejaba Dante dejar la esperanza a la entrada del infierno, ni seremos buenos ciudadanos ni fieles súbditos del Estado; combatiémos la autoridad en todas las formas en que se presente y no admitiremos ni amos ni pastores.

## -LA LEY



-Remachando bien este otro clavo no se mueve más

Cuando se forma una organización se forma con un objeto determinado, con una labor a realizar; la organización por la organización es un absurdo que no puede caber más que en las cabezas de los sindicalistas rematados. Si, por ejemplo, la clase obrera está llamada fatalmente a cumplir una misión histórica, entonces no hay necesidad de organización alguna; sólo hace falta esperar que llegue la hora. Cuando se forma una organización, lo primero que se pregunta es por el objeto que ha de perseguir, por la finalidad. De lo contrario sería lo mismo entrar en una organización patriótica, fascista o comunista, o entrar

sociedades recreativas suelen tener estandartes como símbolos concordantes con el objeto que les sirve de fundamento; lo mismo vemos en las organizaciones patrióticas, humanitarias, comunistas, fascistas, etc. La única organización que pretende no tener bandera alguna, no estar unida en mérito a las ideas comunes, es la organización sindicalista; en ella se dice: las ideas de los miembros quedan fuera de los sindicatos, es decir, de la organización; y cuando las ideas quedan fuera de la organización, ¿qué es la organización? Es imposible que el hombre que deja de ser una simple máquina prescinda, en una parte de sus actividades, de las ideas que lo inspiran. El hombre que no obra co-

Si somos anarquistas no podemos ir a un sindicato como sindicalistas; si no tenemos idea alguna, y entonces tenemos todas las tradiciones del ambiente en que hemos nacido, es decir sostenemos las aspiraciones y defectos de la sociedad actual, — en ese caso no iremos al sindicato, como no iremos a este partido o a aquel, y si vamos, iremos en mérito a las mismas razones que vamos a votar al cuartel o a depositar nuestro voto en las urnas.

Por lo demás, todavía no hemos conocido un sindicato en que las ideas queden en la calle; en el caso en que sus puertas estén abiertas para todos, que es lo general, en la calle no quedan más que las ideas de los adversarios de la mayoría. Si el sindicato es socialdemócrata, es decir, si la mayoría obedece las inspiraciones de los jefes socialdemócratas, las ideas que quedan en la calle son las anarquistas; si el sindicato es fundado y administrado por los anarquistas, las ideas que quedan en la calle son las que no tienen nada que ver con el anarquismo.

Los sindicalistas y los anarquistas franceses están acordados en que la organización sindical no debe responder a ideología alguna; es decir, se puede ser miembro del partido comunista, del partido demócrata, de las mfi y una fracciones socialdemócratas, ser anarquista, etc., y al mismo tiempo constituir todos juntos una organización común en que las ideas de los miembros serán dejadas al margen; actualmente protestan porque Monmuseau impuso su credo de partido en la organización sindical; si nosotros tomáramos parte en el movimiento obrero francés, defenderíamos la inconsecuencia de Monmuseau y combatiríamos la inconsecuencia de los sindicalistas y los anarquistas franceses que han quedado realmente en la calle con sus ideas. ¿A quién se le ocurre que un miembro del partido comunista que milita en una organización no haga todo lo posible para que esa organización se convierta en una agencia de propaganda del partido? No sólo Monmuseau tiene derecho a obrar como obra, sino que tal es su deber.

Para nosotros un sindicato tiene el valor revolucionario que dió nacimiento a los grupos de afinidad: la unidad de ideas. Antes de formar un sindicato lo que nos interesa es el objeto de esa organización; si somos anarquistas, es natural que ese sindicato será un instrumento de propaganda para nuestras ideas y no para las ideas del adversario. Pero hasta que los metafísicos franceses llegaran con su sindicalismo, no se nos había ocurrido que un sindicato sirviera para defender ninguna idea.

La "unidad de clase", se dice. Es esta una castilleana que surgió de las nebulosidades de la filosofía germánica. ¿Dónde comienzan y dónde acaban las clases? Los hombres se unen en la vida real por la afinidad de carácter, de aspiraciones, de ideas. En la realidad presente, como en la realidad histórica, hemos visto siempre que los descontentos de la sociedad actual han sido siempre minorías; al menos los descontentos activos. Estas minorías de descontentos son las que constituyen el movimiento revolucionario. Pero en caso minorías de descontentos constatamos a primera vista dos características contradictorias que siguen caminando juntas: una quiere mejorar la vida de arriba a abajo, y otra de abajo arriba; quiere que la sociedad asegure a todos la justicia y la felicidad median la verdad de esa constatación se puede poner en duda; los autoritarios y los libertarios han existido frente a frente desde que existió el moderno movimiento obrero; en ciertos períodos primitivos existieron o se hallaron las contradicciones fundamentales que los socialistas no tardaron en revelar y en hacerlos cada vez más irreconciliables. Después de la caída del Emperador, otra idea que desde entonces el Estado, cualquiera que sea, la libertad, la dicha, la fraternidad y la igualdad son una mentira. La revolución para nosotros vino y vivió ya bastante como para renunciar por completo a la ilusión de Guilleume en 1871.

Si no queremos neutralizar nuestra labor mediante el desconocimiento de las

lecciones del pasado y del presente, no perdamos de vista esta verdad: la autoridad y la libertad son como el agua y el fuego; confundidas no pueden subsistir; si una prospera la otra sucumbe.

Otro axioma que tenemos derecho a proclamar es éste: la personalidad del hombre no puede desdoblarse caprichosamente; es una e indivisible. El anarquista que no obra como tal no es verdadero anarquista; el anarquista que obra como sindicalista en el sindicato, ni es sindicalista ni es anarquista.

Por eso, si formamos nuestras organizaciones lo hacemos con una estrella por norte: servir a la propaganda y a la defensa de nuestras ideas. Si hemos de formar organizaciones que no sirvan para eso, renunciamos a tales organizaciones que implican deberes y compromisos sin objeto alguno. No somos miembros de una organización porque pagamos las cotizaciones o tenemos carnet de asociados, sino porque al pertenecer a esa organización aumentamos el valor de nuestra acción individual en pro del pensamiento revolucionario que nos guía. Renunciar a formar organizaciones anarquistas sindicales, o de otra naturaleza donde estas no sean posibles, es renunciar a uno de los instrumentos más poderosos para la difusión y la defensa de nuestras ideas. La organización debe tener un objetivo, una bandera; responde a la facilitación de la acción individual; pero para ello es preciso que no esté en contradicción con lo que desea el individuo. El anarquista se une a una organización cuando esa organización responde a lo que él aspira, cuando su pensamiento individual armoniza con el pensamiento de la totalidad de los miembros de esa organización.

No hay que olvidar tampoco una verdad básica. Aunque sostenemos que debemos formar nuestras organizaciones, no nos colocamos en el plano de los partidos políticos, ni en el de los sindicalistas de la unidad del proletariado siguiente. Un partido, como dice Rocker, no puede llamarse nunca socialista; el socialismo implica totalidad, y el partido implica una parte; el que defiende el partido, la parte, no puede defender el socialismo, el todo. Perfectamente. Nosotros que abogamos por la organización anarquista y por el mantenimiento de nuestras organizaciones libres de ingerencias autoritarias, aceptamos la definición de Rocker con entusiasmo. Nosotros defendemos el socialismo, es decir los intereses de la totalidad; nosotros no decimos como los partidos políticos: "Venid a nosotros y en nosotros hallaréis la salvación!" Nosotros decimos a los pueblos: "Id a vosotros mismos, reconoced vuestros derechos y luchad para conquistarlos, para vivir la verdadera vida!" Nuestra organización no es un fin, es un simple medio: medio de propaganda y de lucha en pro de la idea de libertad. A nosotros vienen los que se sienten con fuerzas y estímulos para ayudarnos en la lucha labor; el que viene a nosotros debe primeramente haber ido a sí mismo, al fondo de su conciencia. Y por eso, porque no pretendemos que la salvación está en nosotros, como pretenden de sí mismos los partidos políticos y los sindicalistas, porque decimos y sostenemos que la salvación está en la actividad revolucionaria creadora de las masas mismas; porque queremos defender el socialismo, la causa de todos, la causa de la humanidad, por eso queremos que nuestra organización sea una organización anarquista, antiautoritaria. De ese modo podremos decir: con nuestra organización, compuesta de seres unidos por el interés de la propaganda de una idea común, no defendemos nuestra causa particular, sino la causa de la humanidad; la salvación no está en nosotros, está en todos. Para difundir esa verdad es para lo que queremos en primer lugar nuestra organización.

Esto no es intolerancia, no es fanatismo. Si nosotros formamos una organización, repetimos, es para un fin, que está fuera y no dentro de la organización. Ese fin es la propaganda, y la propaganda requiere unidad ideológica, pues una organización cuyos miembros tienen ideas contradictorias no puede desarrollar propaganda alguna, o sólo desarrollarán la propaganda de las ideas de la mayoría.

Los anarquistas que sostienen la tesis sindicalista dicen que es preciso ir a las masas. No podemos entender eso. Si tenemos una organización, el objeto principal no es la propaganda dentro, sino la propaganda fuera de la organización, entre las masas. La organización sirve para facilitar esa propaganda. Tenemos derecho a decir que los que no ven a las masas son los que se encierran en una organización, por muchos miembros que cuenta.

Cuando consideramos de cerca el funcionamiento de los grandes organismos reformistas que tienen millones de afiliados y luego oímos decir a algunos camaradas que en lugar de formar una organización propia debemos quedar en esos grandes organismos para hacer propaganda entre las masas, no podemos menos de reír y de sentir compasión hacia tales ilusos. Nuestra fe en la eficacia del Parlamento para la propaganda es tan grande como la de Malatesta, y, sin embargo, sostendríamos que aún se podría hacer más en el Parlamento que en esas grandes organizaciones...

El camino de las masas no es el de las grandes organizaciones autoritarias; todo lo contrario. Grandes masas existen también en los cuarteles, y, no obstante, no se nos ocurre recomendar la entrada en ellos; grandes masas se congregan en las iglesias y, sin embargo, no aconsejamos a los compañeros que se hagan sacerdotes. Desde el púlpito de la iglesia no se predica más que la verdad divina, y toda verdad humana sonará en el desierto. En el cuartel no se hace propaganda, se obedece la voz de los jefes jerárquicos.

Para ir a las masas, para entrar en contacto con las masas hay que vivir en la vida misma, en la vida total: en el taller, en la calle, en la familia, en todas partes donde el hombre se presenta como hombre y no como cristiano, comunista o reformista.

Si cada uno de nosotros trabaja la mentalidad del medio ambiente en que vive, con la palabra y el ejemplo, estaremos en medio de las masas. Al contrario, si vamos al cuartel o a la iglesia para estar en contacto con las masas, es seguro que perderemos su contacto, que nos aislaremos de las masas y de la vida.

En fin, la organización que los anarquistas queremos no es una organización de partido con este lema: "¡Fuera de aquí no hay salvación!" Nuestra organización es una concentración de fuerzas para iluminar la conciencia de los hombres e incitarlos a que busquen por sí mismos el camino de su emancipación política, económica, moral. Nosotros no monopolizamos la verdad absoluta, como los partidos, como los sindicalistas, como los sectarios. La verdad está en todos; lo que no está en todos es la llama del amor a la verdad, a lo bello y a lo bueno; y es esa llama la que queremos encender en todos los corazones, es el interés hacia la elevación lo que queremos despertar en todos los espíritus.

*D. Abad de Santillán*

**Kurt G. Wilckens**

**Número extraordinario**

En conmemoración de la fecha memorable del 16 de junio aparecerá un número extraordinario de EL SUPLEMENTO, con el siguiente sumario:

De las metanzas de la Patagonia a la muerte del tancate coronel Ferri.  
Kurt Wilckens, por D. A. de Santillán.  
El asesinato de Wilckens y la protesta del proletariado regional.

Escas intervenciones de solidaridad.  
Crisis indiales de Wilckens.

Artículos de Max Nettler y otros camaradas.

Gradados alativos.

A los agentes y paqueteros les advertimos que deben darse ya haceranos los pedidos a fin de poder regularizar el tiraje.

**A propósito de una Encuesta**

"Le Semeur" abre una encuesta sobre el reconocimiento de las objeciones de conciencia, para opiniones religiosas, filosóficas y morales.

Nos gustaría que Vd. nos diera su opinión sobre un asunto tan interesante en este momento en que todos los partidos sueñan con la violencia sistemática.

Desde ya háase formado un Comité bajo el patrocinio de R. Rolland, Banville d'Hostel, Folha, Guillet de Givry, Han Ryner, Marceline Hocquet, Valfort, Léo Poldès.

Todas las respuestas se publicarán íntegramente.

En espera de poderos leer recibid, querido camarada, nuestro saludo fraternal.

"Le Semeur"

El periódico "Le Semeur", de Caen — Francia — ha dirigido la presente circular a la mayor parte de la prensa obrera y anarquista de Europa y América, como así mismo a algunos de sus editores, solicitando, como se ve, su opinión sobre el reconocimiento de los derechos que tiene todo hombre de conciencia honesta a repudiar los actos de violencia.

El reconocimiento de las objeciones de conciencia, para emplear los propios términos de la circular, crea que plantea, de hecho, el problema de si el Estado, con no importa qué denominación, puede reconocer o no este derecho.

Porque es evidente que la entidad que hoy se halla con poderes omnipotentes para garantizar o vulnerar esos derechos es el Estado dados los grandes medios o atributos de que dispone. Bien es cierto que, al margen del Estado, otras entidades y aun individuos aislados, podrán menoscabar este derecho y obligar por la fuerza a un hombre a cometer alguna acción violenta en contra de los demás y en pugna con su moral. Pero es evidente que en la actualidad quien se halla en condiciones ventajosas para respetar o no la libertad moral del hombre es el Estado.

¿Y puede, en realidad, un Estado respetar los derechos morales de los hombres o de los ciudadanos, en los casos de emergencia, en el estado de guerra por el predominio de una cultura, de un monopolio económico o por la usurpación al vecino de una extensión territorial?

¿Puede un Estado reconocer los derechos morales de un individuo que por razones de conciencia se niegue a marchar al frente de batalla para matar a otros hombres porque ello conviene a los llamados intereses de la nación? Creo que no.

Creo que ningún Estado, por más avanzado que se dijera, no podría llegar nunca a un reconocimiento así porque ello implicaría su muerte ya que, al hacerlo, habría invertido los fines morales, materiales e históricos por los cuales fué creado.

Ningún Estado, llámese republicano, socialista o comunista, podrá llegar nunca a un reconocimiento igual porque ello traería consigo una desarticulación completa de su mecanismo fundado en la violencia y en el no reconocimiento de nuestra independencia personal.

Una Liga por el Reconocimiento de los Derechos de la Conciencia, y no obstante los amables nombres que la patrocinan, está destinada a dar los mismos o parecidos frutos que en Francia ha dado, hasta hoy, la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre.

Podrá una Liga, por el reconocimiento de la libertad moral, propiciar un movimiento simpático de opinión o intervenir en algunos casos de resistencia moral aislados que en Francia u otro país se produzcan en contra de las órdenes homicidas del Estado, pero, es evidente que no podrá conseguir nada positivo de éste cuando la resistencia, aumente y se vea compelido a hacer prevalecer sus derechos, los derechos históricos de la nación que están siempre por arriba de los derechos morales y personales del individuo.

No creo que una Liga, para la defensa de tales derechos, pueda ser reconocida por ningún Estado en el sentido de comprometerse a respetar la independencia moral de los hombres enemigos de la guerra y menos aun si dichos hombres

Protesta

la sobre... de... osas, fi... su opi... nante en... partidos... ca... mité ha... Banville... ry, Han... ort, Léo

arán in... d, que... frater... meur"

Cae... te circ... obrera... ica, co... escrito... ophiá... derechas... helenia.

aciones de... opios tér... plantas. El Estado, dón, pue...

idad que... potantes... medios o... es cierto... ta es en... llgar por... er alguna... os demás... ro es evi... a respec... abre es el

estado res... los hom... casos de... guerra por... le un mo... rrupción... torial? los dere... por ra... marchar... r a otros... a los ha... n? Creo

nás avan... egar nun... rque ello... l hacerlo... ales, ma... uales fué

publicano... gar nun... l porque... iculación... adado en... cimiento... ial. to de los... o obstan... patrocini... mos o ha... dado, e los De.

cimiento un mori... interve... ncia mo... otro país... r órdenes... dente... positivo... mente y... ecer sus... na de la... rriba de... s del in...

defensa... sociada... tido de... p... den... gnos de... hombres

llegaran a ser tan numerosos que impli- caran un peligro para la defensa mate- rial de la nación.

Ningún órgano de la sociedad capita- lista puede ir conscientemente en contra de sí mismo y mucho menos consentir su propia anulación como sucedería al reconocerse, por parte del Estado, el de- recho efectivo que tiene todo ser huma- no de no cometer ningún acto de vio- lencia en contra de los demás. Pero, pro- piciar un movimiento o iniciar una cor- riente de opinión nacional o internacio- nal, para el reconocimiento de las ob- jecciones de la conciencia podría, tal vez, dar por resultado una intensificación de la moral que el anarquismo realiza por todas partes siempre que dicha corrien- te tuviera un carácter antigüerrero y an- tistatal.

En esta encuesta abierta, en Francia, por "Le Semeur", distinguimos perfecta- mente el profundo horror que la gran guerra ha producido en el corazón de los hombres libres y vemos también cuán honda es el repudio que sienten por la violencia sistemática que en estos últi- mos tiempos nos ha ofrecido el panora- ma internacional.

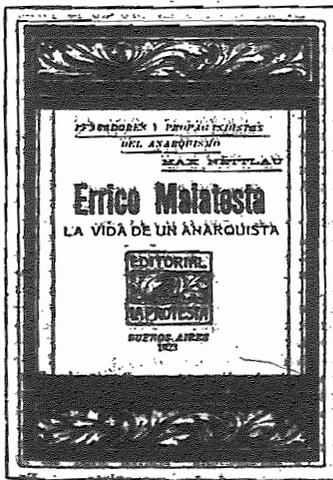
Y si bien aquí, entre nosotros, el proble- ma de dicha violencia se ha manteni- do en estado latente, y no hemos tenido esa tempestad de sangre y muerte que asoló a Europa, no por ello podemos afir- mar que sea extraño a la región.

Aquí también los empresarios de indus- trias bélicas han trabajado y trabajan intensamente para provocar, entre los pueblos jóvenes de este hemisferio, el mismo encono nacionalista que existe en los viejos países europeos. Aquí también habría razones para constituir una Liga en defensa de la libertad efectiva de conciencia si no fuera que este mismo problema se halla ya planteado por el anarquismo de la región.

La violencia forzosa es una prerrogati- va que el Estado de todas partes se reserva para obligar mañana, cuando ello convenga a sus intereses, a los ciu- dadanos y a los trabajadores a matarse con los habitantes de otro país.

Por consiguiente creo que sólo al mar- gen del Estado, institución organizada para imponer la violencia al hombre y a la sociedad, se podría pensar en una materialización objetiva de los propósitos y deseos que han inducido a los camarad- as de "Le Semeur" a promover esta en- cuesta.

Enrique Cárdeno



Un libro en 2.<sup>a</sup> edición... Edición especial, papel pluma... Encuadernado en tela...

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera de FRES 1637 - Buenos Aires.

(A fin de evitar posibles errores, recomendamos a los compradores que a to- do pedido de libro se agregue por correo el importe de correspondiente importe para el envío.)

# La idea anarquista: su pasado, su porvenir

III

Fue en Inglaterra donde se escribió el primer gran libro anarquista. William Godwin (1756-1836) escribió *An Enquiry concerning Political Justice*. (Investigación sobre la justicia política y su influencia en la virtud y en la dicha gene- rales). Londres, febrero de 1793, dos vol. en 4.º de XIII, 21 y 85 páginas, obra que costaba tres guineas, lo cual la salvó de la supresión que le hubiera alcanzado de haber sido puesta en manos de las grandes masas, como lo fueron en esos tiempos agitados los panfletos de Thomas Paine y tantos otros escritores anti- religiosos y radicales. Una segunda edición corregida, es decir, atenuada, 1099 páginas en 8.º, data de 1795 (prefacio del 29 de octubre de 1795), una tercera de 1776. Hubo falsificaciones en Phila- delphia, 1796, y en Dublín, en fin una re- impresión en 12.º en 1842; cincuenta años más tarde aún se reimprimió la parte sobre la propiedad (Londres, 1890; traducción alemana en 1904). Todavía ahora circulan extractos en pequeño to- mado inglés. Toda la vida de Godwin fué estudiada de acuerdo a los documentos inéditos en 1876; desde entonces sus ideas sociales han sido examinadas varias veces. Sin embargo, fuera de un medio social restringido, su gran libro ha sido raramente constituido en su texto com- pleto, que no existe más que en la pri- mera edición.

Esta primera edición no es del todo rara, porque el libro tuvo una gran to- za y fue cuidadosamente conservado, ja- más considerado trasechado, aunque po- cos de sus lectores han seguido verdade- ramente todo el pensamiento del autor. Godwin estaba unido a Mary Wollstone- craft, la autora de la *Reivindicación de los derechos de la mujer*, 1792, y Percy Bysshe Shelley se unió más tarde a su hija, Shelley, el joven poeta rebelde, ateo y socialista, presenta también rasgos de sentimiento anarquista, que debió a la lectura de la *Justicia política* que todo hombre avanzado leía entonces. Así sus líneas: "El poder mancha todo lo que to- ca; las almas virtuosas ni mandan ni obedecen", — recuerdan tanto a Diderot como a Godwin.

Por lo demás Byron ha escrito tam- bién: "Quisiera ver a la humanidad li- bre, tan libre de las multitudes como de los reyes y de vosotros y de mí"; sin embargo Byron, el admirador de Napo- león, no se mencionó aquí como liber- tario. Hasta el poeta tan moderado, si- no reaccionario, Shelley, en su juven- tud, en tiempos de la revolución fran- cesa, y del libro de Godwin, soñaba en la fundación con sus amigos de un am- biente comunista libre, que volviera al estado natural, ideas que llamaba *pan- ti- socracia*.

Todo el mundo era inspirado por el libro de Godwin que, junto a los filóso- fos y escritores, varias generaciones de obreros inteligentes, radicales y ateos, hasta hoy día cincuenta o sesenta años más tarde — no se veo ningún movimien- to, pero esa lectura, la tradición misma de ese libro, ha hecho ciertamente mu- cho para impedir al socialismo estatista crear e imponer una posición en In- glaterra. Sólo a partir de la mitad del siglo XIX, ha influencia, por completo opuesta, estatal, nacionalista, religiosa y las ideas funestas de Mazzini ha con- fundido los cerebros de una nueva gene- ración y desformó el camino hacia el estatismo también en Inglaterra.

Godwin envió su primera edición a la Convención nacional; el ejemplar cayó en manos de Georg Forster, refugiado ale- mán entonces en París, que lo leyó con el más grande interés. George Forster, un sabio naturalista y economista que había tomado parte en la famosa cir- cunavegación del globo por el capitán Cook, muerto, en las islas Fidji, ha- bía sido maestro y el amigo del jó- ven Humboldt, que le debía mucho. A propósito, el hermano de Humboldt, Wilhelm von Humboldt, uno de los hom- bres más notables de su tiempo también, escribió en 1792: *Toda esta un ensayo sobre la desfiguración de los límites del Estado*, obra no ciertamente anarquista,

pero tan antiestatal como es posible en el género de John Stuart Mill (sobre la *Li- bertad*), Herbert Spencer y otros. For- ster, enamorado de la revolución france- sa, tomó parte en la tentativa hecha pa- ra implantarla en Maguncia, obra que estaba entonces bajo la dominación de un arzobispo. En París sus cartas lo de- muestran entusiasta de los más sinceros, pero cada vez más desilusionado. En ese estado de espíritu, el noble libro liber- tario de Godwin ha debido parecerle un alivio. Llama a ese libro (carta del 23 de julio de 1793): "una obra de confe- siones atrevidas y santas de la verdad, que ejercerá su efecto al menos más tar- de, si este efecto no se presentara ac- tualmente". Forster murió poco des- pués, de enfermedad, pero con el corazón quebrantado por la desilusión de lo que veía como testigo íntimo. Sin eso, o bien la guillotina lo hubiese devorado como testigo malvisto o quizá hubiera aplica- do su talento a la discusión y tal vez tam- bién a la propaganda de las ideas de Godwin, que debió comprender perfecta- mente y que le habían impresionado sin duda alguna mucho.

Otro alemán, Franz von Baader, joven entonces, fué igualmente fascinado por ese libro. Pero éste se convirtió pronto en un místico católico situado en el polo opuesto de las ideas libres y lúcidas de Godwin. Baader era de Baviera, y es cu- rioso notar que una traducción alemana de Godwin (*Untersuchung über die poli- tische Gerechtigkeit*) por G. M. Weber fué publicada igualmente en Baviera (Würzburg), 1803, vol. I, el único que apareció; no sé si entre Baader y este Weber hubo alguna relación.

Encontré un artículo de Benjamin Constant sobre el libro de Godwin, publi- cado en 1817, en el que éste autor, de

los más burgueses... y del tanto modo, cuenta que en otro tiempo, en la época del Directorio, creó, preparó una tra- ducción francesa de la *Justicia política*. Nada más opuesto que la anarquía y B. Constant; pero es lamentable que los pensadores franceses que leían tan poco a los ingleses en el original, no hayan tenido ni entonces ni después una ocasión de leerlo en la traducción.

He ahí lo que podría decir para definir y delimitar la influencia de ese libro que fué siempre leído, que fué odiado, pero que no circuló internacionalmente, y en todos los ambientes, para ser más verbalmente conocido; su autor mismo, que tenía aún más de cuarenta años de vida literaria ante sí, a causa de las in- numerables necesidades de la vida, tuvo que olvidar pronto su audacia, aunque en el fondo estuvo orgulloso de ella.

Su sistema llega, — para una época en que la humanidad haya alcanzado un nivel más elevado de vida, es verdad, — al comunismo más libertario y hace la crítica más reflexiva y explícita de to- da especie de gobierno y de propiedad privada. La precisión de sus ideas, no sólo demuestra su gran talento y su convicción profunda, su lógica impertur- bable, sino que testimonia también el es- fuerzo intelectual de casi un siglo de crítica intelectual y antimonopolista antes de él. Se puede decir sin exageración que ese libro está a la altura de la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith; poniendo al descubierto lo que el análisis de Smith nos ha ocultado y traza un plan lúcido para llegar desde un por- venir radiante de belleza y de felicidad. El socialismo no había producido aún na- da semejante. Pero: ese solo libro no pu- do detener el torrente autoritario que todavía no ha sido contenido.

Los medios preconizados por Godwin eran absolutamente pacíficos. "La mejor garantía de un bienestar feliz, dice, re- posa en la discusión libre, sin restric- ción alguna... Por tanto, si queremos mejorar las instituciones sociales de la humanidad, nos es necesario tratar de convencer por la palabra hablada y es-

## Contra la ley de jubilaciones



¡Obrero! ¡Contra las jubilaciones y cruzado de brazos!

crisis... La revolución es para él la hora de un esclarecimiento general de los espíritus, que permitirá a todo el mundo ver, adistintamente, las cosas bajo su aspecto verdadero. En una tal crisis salvadora, no habrá ninguna necesidad de violencia; los adversarios serán demasiado pocos numerosos y demasiado débiles para resistir al sentimiento universal de la humanidad.

Sea lo que quiera, se ve que la anarquía no era de ningún modo violenta y sanguiñaria en sus comienzos, como no lo fué jamás, aunque sus enemigos se esfuerzan siempre por presentarla como tal. Godwin razonó así sobre la base de una comparación entre el carácter unánime y no violento de las manifestaciones principales de la revolución francesa, de 1789 a 1792, con la guerra civil violenta que precedió al triunfo de la revolución inglesa en el siglo XVII (Cromwell) y atribuyó a la obra intelectual de discusión y de propaganda del siglo XVIII antes de la revolución francesa. No conocía todavía la codicia feroz del capitalismo triunfante entonces por las máquinas que monopolizaba y la brutalidad que el militarismo y el nacionalismo imprimían a todo el período después de su libro. Ese libro apareció en el último momento de una edad todavía ilustrada, no ofuscada aún por la autoridad victoriosa; la premonición no fué escuchada.

En los treinta años que siguieron a la *Justicia política*, la miseria aguda de los obreros de las fábricas y el descontento profundo de los artesanos de las grandes ciudades provocaron revueltas como la de los destructores de las máquinas (Luddites), conspiraciones (del coronel Despard, de Thistlewood, etc.), sindicatos (obligados a ser asociaciones secretas que luchaban resueltamente, practicando el sabotaje y muchas otras cosas), comienzos del socialismo político que apuntaba en el Chartismo, la propaganda de Robert Owen, ya descripta, y una fuerte tendencia de socialismo experimental que trataba de crear una sociedad nueva al lado de la antigua, por sus propios medios, *hic et nunc*.

De esta última tendencia, que decía a un lado al Estado y al sistema capitalista, William Thompson (nacido hacia 1775, muerto el 18 de marzo de 1833) es el representante más activo, abnegado y consciente. Proprietario de tierras en Irlanda, condeado de Cork, las ideas de Jeremy Bentham le entusiasmaron primeramente, después las de Owen. En su famosa investigación de los principios de la distribución de la riqueza que *Reverencia mejor hacia la dicha humana en su aplicación al sistema económico* propuso de la igualdad voluntaria de la riqueza (Londres, 1824, 24 y 600 páginas en 8<sup>o</sup>), propone primero un mutualismo muy preciso, el cambio igualitario de los productos, pero a la mitad del libro se le ve renunciar a medir y a contrabalancear los valores, y proclama en adelante el comunismo libre, lo mismo que en otros dos libros más pequeños (1825 y 1827) de los cuales el primero es una defensa de la mujer (*Manifiesto de una mujer de la raza humana, de las mujeres, contra las pretensiones de la otra mitad, los hombres*...), y con sus contribuciones escritas por los periódicos. Impulsaba más que otro alguno a la acción, es decir a la fundación verdadera de comunidades obreras a las cuales él y otros simpatizantes estaban dispuestos a ayudar con sus medios; el mismo, muerto en medio de todo ese trabajo, dejó su fortuna a su causa.

Existe de él una *Circular a las clases industriales de Bretaña y de Irlanda* y principalmente a nuestros vecinos, los tejedores de Spitalfields, que están en la miseria (Spitalfields es un distrito obrero de Londres), fechada en Cork, el 22 de septiembre de 1826, que muestra cuáles eran entonces los sufrimientos de los obreros y sus derechos, qué reivindicaciones se aconsejaba Thompson reclamar. "Si se quisiera obtener esas cosas — continúa — se tendría que hacer más que cambiar simplemente la dirección de vuestro trabajo. En lugar de trabajar para un señor, trabajad para el otro; en lugar de ocuparos de la seda, de la confección de zapatos o de la lana, que algunos de vosotros producen alimentos, otros construyen y reparan las casas, construyendo armamentos, maquinaria, muebles; que otros hacen vuestros vestidos de lana, de lana o de algodón, zapatos, medias y sombreros,

clic, y que algunos de vosotros continúan produciendo artículos de seda y otros, que se demandan generalmente, para adquirir en cambio esos artículos que exigen la necesidad y el confort y que nuestro clima o nuestro suelo no permiten producir entre nosotros o para encargarnos necesarios — o bien disponed del exceso de producción ordinaria para esos fines. O haced esto: que un número suficiente de vosotros, tejedores de seda, se una a un número más grande de agricultores y de otros artesanos y que provean así mutuamente a sus necesidades, siendo productores y consumidores, amos y patrones uno en relación al otro."

"Con este fin es preciso alquilar un terreno para siempre o para un largo tiempo o con el derecho de comprarlo en un tiempo determinado añadiendo una cuota al alquiler, — un terreno bastante amplio para producir por vuestro trabajo en abundancia lo que os es preciso en alimento y para producir la mayoría de las materias primas para las diversas piezas de vuestro vestido. Algunos levantarán edificios, primero para las manufacturas más esenciales, después para viviendas, lo más hermosas que vuestro juicio y vuestra predilección exija. Otros producirán alimentos e instrumentos, produciendo así para cada uno todo el confort y más tarde todas las elegancias deseables. Os será preciso distribuir honesta e igualmente a cada miembro de vuestra comunidad todos los medios de dicha de que disponéis, en particular todos los medios de dicha que resultan de la riqueza producida por vuestro trabajo unido cuando las facultades de todos son igualmente atendidas y dirigidas del modo más productivo de dicha para todos... "Resolveos, haced un ensayo. Personas expertas en todo género de actividad, os ayudarán. Vuestra propia felicidad y la de vuestros descendientes será asegurada; y los principios egoístas de la concurrencia cederán pronto en todas partes al principio benévolo de la cooperación mutua universal. Tendréis la dicha de mostrar el camino, en Inglaterra, en esa gran obra."

Es un hecho patético que hoy aún, un siglo más tarde, ese mismo llamado, casi con las mismas palabras, podría ser dirigido a la gran masa de los obreros, y que en 1924 como en 1824 los que emprenden una obra semejante en una escala tan vasta como la que Thompson prevé y solicita, — serán siempre los primeros en dar ese gran paso hacia la asociación directa del trabajo de los diversos oficios para trabajar, uno para el otro y no para un patrón conocido o anónimo.

Ese impulso que Thompson y sus amigos querían dar a la acción obrera fué ciertamente un esfuerzo libertario, porque implicaba la eliminación del patrón y la asociación mutua voluntaria. El mutualismo fué elaborado con bastantes atenciones, aunque de una manera un poco mecánica, por John Gray, escocés, en su *Conferencia sobre la dicha humana*, 1825, en su *Sistema social, tratado sobre el principio del cambio* (Edimburgo, 1831), y en *Un remedio efectivo contra la miseria de las naciones* (1842). En una carta al congreso cooperativo, que fué en realidad el de los adeptos de Robert Owen y de Thompson, John Gray dice: "En cuanto a mí mismo no estoy en relaciones con sociedad alguna, soy una especie de oveja vagabunda que no pertenece a ningún rebaño, pero estoy amistosamente predispuesto hacia vosotros."

Nadie en Inglaterra, ni siquiera en nuestros días, ha tratado verdaderamente la sucesión de Godwin, pero eso mismo Thompson y otros, ha dejado largo tiempo una influencia insoslayable que maturo el socialismo al margen del molde estatista.

*Max Nettlau*

PENSAMIENTOS DE IBSEN

Se confirma cada vez más ante mis ojos, que ocuparse de política y adherirse a un partido cualquiera tiene algo de desnaturalizado. Bjornson dice: "La mayoría siempre tiene razón". Pero yo digo: "La minoría tiene siempre razón". Pienso en esa minoría que marcha adelante, dejando atrás de sí a la mayoría. Estimo que tiene la razón aquel que está más próximo de estar en inteligencia con el porvenir... (carta a Brandes).

LOS GRANDES LIBROS

Johann Most, la vida de un rebelde

Quando en nuestro campo aparece un gran libro sentimos la misma alegría, la misma satisfacción y el mismo entusiasmo que cuando se produce un hecho subversivo de trascendencia. Y si comparamos los efectos y las consecuencias de un buen libro y los de un gran hecho, no sabríamos pronunciarlos, pese a Piscane, por la superioridad del uno o del otro. Es cierto que el libro se alimenta del hecho, pero también es cierto que éste es condicionado y en la mayoría de los casos determinado por aquél. En nuestro movimiento, al menos, el libro es la razón y la actividad práctica el brazo.

Nuestro camarada y maestro Rudolf Rocker ha escrito con el título de *Johann Most, la vida de un rebelde*, una suberbia contribución a la historia del movimiento anarquista. El libro de Rocker, por su valor histórico, está al lado de *L'Internationale* de James Guillaume y de la biografía monumental de Bakunin escrita por Max Nettlau, — las tres obras históricas más importantes de nuestro movimiento y junto a las cuales palidecen todas las apologías de los partidos llamados revolucionarios. El libro de Rocker tiene además la ventaja de un estilo literario y sencillo, al alcance de todos los lectores, como el estilo de Kropotkin. El que lea un capítulo del *Johann Most* se sentirá atraído irresistiblemente a leer el libro entero, un tomo voluminoso que no todos se atreverían a tomar en sus manos si no se conocieran de antemano las cualidades del autor. La vida agitada del gran rebelde de Augsburgo, del incomparable redactor de *Freiheit* (Libertad) ha dado motivo para trazar magistrales descripciones del movimiento revolucionario en Austria, en Suiza, en Alemania, en Inglaterra; todos los pormenores de las luchas heroicas de aquellos tiempos en que Most comenzaba su

sólo significación histórica, es también una obra de propaganda y de cultura libertaria.

Las infamias social-demócratas contra el anarquismo y sus defensores no podrán pasarse por alto en una obra histórica como la de Rocker. Y las ignominias de un Liebknecht y de un Grillenberger o de sus secuaces en Estados Unidos nos parecerían increíbles si no experimentaríamos nosotros mismos la misma táctica todos los días. El capítulo indispensable de nuestra historia es el de la lucha de los autoritarios contra nosotros y nuestras ideas con las armas más vergonzosas. El espíritu marxista ha sido en el pasado, es en el presente y tememos que será también en el porvenir un adversario tan odioso como el espíritu conservador del sistema imperante. El libro de Rocker nos enseña tanto en todos los sentidos, que deseáramos que fuese a parar a manos de todos los trabajadores. En Alemania está llamado a una grandiosa influencia y a servir de base para la evolución libertaria del proletariado alemán. Queremos dar una idea aproximada de la amplitud de este gran libro transcribiendo el sumario. Hele aquí:

Preloquio por Alejandro Berkman. — I.—Infancia. Período escolar en Waudersdorf. — Most se hace socialista. — II.—En Austria. — Condenado como culpable del crimen de alta traición. Expulsión. — III.—Actividad de Most como propagandista en Alemania. — En el Parlamento alemán. — En la Bastilla de Ploetzensee. En pleno vértigo. — IV.—Aparición de Eugen Dühring. — El último período de Most en Alemania. — Los atentados de Hoedel y de Nöbling. — La ley contra los socialistas. — Most se encamina a Londres. — V.—La fundación de la *Freiheit*. — Lucha de los jefes contra Most. — Ruptura con la social-democracia. — VI.—Relaciones con Marx y Engels. — John Neve. — El proceso Dave y compañeros. — VII.—Iniciadores del movimiento anarquista en Alemania. — VIII.—Most condenado en Inglaterra. — El congreso internacional de Londres. — La *Freiheit* en Suiza. — IX.—Most en los Estados Unidos. — Comienzos del movimiento obrero norteamericano. — La declaración de principios de Pittsburg. — X.—El movimiento en pro de la jornada de ocho horas. — Most y el problema del armamento. — El infierno de Blackwell Island. — XI.—El movimiento social-revolucionario en Austria. — El proceso Merstallinger. Los atentados en Viena. — Los leyes de excepción y decadencia de los "radicales". — XII.—Sintomas revolucionarios en Alemania. — August Reinsdorf y la conspiración de Niederwald. — La ejecución del consejero de policía Rumpf. — XIII.—Disidencias internas. — La lucha entre Peukert y Dave. — La escisión. — El grupo Autonomo. — Crecimiento del movimiento socialista en Inglaterra. — XIV.—Theodor Reuss. — Peukert se dirige a Bélgica con Reuss. — El arresto de John Neve. — Las consecuencias. — Peukert abandona Londres. — XV.—Neve ante el tribunal. — Entrerado vivo. — Decadencia del movimiento londinense. — Benjamin Tucker contra Most y la *Freiheit*. — La ruptura con Justus Schwob. — XVI.—La huelga general por la jornada de ocho horas. — Los acontecimientos de Chicago. — La persecución contra Most. — El primer proceso de los anarquistas. — Entre el cadalso y el presidio. — El asesinato legal. — Most nuevamente condenado. — XVII.—España. — Otra vez en el cárcel. — Peukert en América. — Nuevas luchas. — La huelga de Homestead. — El atentado de Alejandro Berkman. — Reflexiones sobre el atentado. — Una sentencia infame. — XVIII.—Un año de persecuciones. — Neve y Bauer ante el tribunal. — Emma Goldman condenada. — El movimiento anarquista en Estados Unidos de 1890 a 1900. — La *Freiheit* en Buffalo. — Selección con Pedro Kropotkin. — León Czolbacz dispersa sobre el presidente Mac Kinley. — La casa a los



JOHANN MOST

propaganda como partidario del programa de Eisenach, allá por 1870, en Austria, hasta su muerte en Estados Unidos. En 1906, están mencionados en esta obra, todas las dolerosas contiendas internas del movimiento, son expuestas aquí; el desenvolvimiento de nuestras ideas en Estados Unidos tiene en el libro de Rocker un resumen preciso. Leyendo el *Johann Most* nos adscribimos que nuestras ideas se fortifican, que nuestros conceptos nebulosos se aclaran como por obra de encantamiento, que nuestras vacilaciones sobre determinados problemas se disipan, que ciertos enigmas inexplicables nos aparecen a la luz del día a través de la evolución histórica con meridiantidad; nos sentimos templados para la penosa guerra social al contacto con hombres como Most, Neve, Dave, Reinsdorf, como los anarquistas de Chicago, como Alejandro Berkman; nos sentimos mejores y penetrarnos, aún más en nuestro propio mundo de ideas y de hechos. El libro de Rocker no tiene para nosotros

arquistas. — Mensaje de Roosevelt al senado. — Most condenado nuevamente. — XX.—Veinticinco años de vida de la Freiheit. — El periódico y sus colaboradores. Las preocupaciones de los últimos años. — Muerte de Most. — El fin de la Freiheit. — Consideraciones finales.

Esta transcripción nos dice algo del contenido del libro de Rocker. La frase de Berkman en el prefacio: "Considero como una circunstancia feliz que la historia de la vida de Johan Most haya sido escrita por mi amigo y camarada Rudolf Rocker, pues nadie era más apropiado para ello que él," expresa también nuestro pensamiento.

El libro de Rocker, recientemente publicado por Der Syndicalist de Berlín, debió aparecer primeramente en español si no se hubiesen presentado diversas dificultades de orden técnico. La Editorial LA PROTESTA ha traducido esta obra del original alemán y espera la primera oportunidad para darla a conocer a sus lectores de habla española. Por su tamaño, nos veremos en la necesidad de dividirla en dos volúmenes. Nuestra colección biográfica de pensadores y propagandistas del anarquismo, iniciada con el Errico Malatesta de Netilau, es valorizada ahora con esta nueva obra.

Un movimiento que produce obras como Johan Most, la vida de un rebelde, y hechos innumerables llenos de heroísmo y de espíritu de sacrificio, no es un movimiento anacrónico, como dicen los dictadores de Moscú, sino un movimiento repleto de vida y de esperanzas, que crece sin cesar en difusión y en profundidad.

# SIFO

Un ineludible del movimiento revolucionario chino

Sifo nació en 1884 en Hongsang, en la provincia china de Cantón. Ya durante su juventud sobresalió por su talento extraordinario y a los 15 años se hizo Sin-Cán (equivalente a bachiller), pero, por no querer subordinar a un Instituto esclavizador, estudió por sí mismo diversas ciencias y leyó innumerable cantidad de libros. Aunque estudió sin profesor, consiguió penetrar hondamente en diversos problemas. En 1901, a los 18 años, se despertó su compasión por la existencia misera que sufría el pueblo a causa de la corrupción gubernamental. En su ciudad natal, pronunció conferencias públicas para ocasionar una revolución. Esto lo había aprendido en el Japón. Un año más tarde, cuando Sun-Yat-Sen fracasó en su actividad revolucionaria en Hue-Gon, llegó un japonés a China a fin de conquistar adeptos para su Pon-Men-Hue (1). Sifo le ayudó mucho en esa actividad. Poco después de su regreso a China, redactó en Hongkong un periódico avanzado y en 1907 abrió una escuela para mujeres. Los revolucionarios se propusieron comenzar de nuevo su labor. En esa época gobernaba a Cantón el mandarín Li-Tseng, que oprimió constantemente el movimiento revolucionario. La idea de Sifo fué suprimir ante todo a ese individuo. Una mañana esperó a Li-Tseng para arrojarle una bomba, pero desgraciadamente estalló antes de que llegara. Sifo quedó gravemente herido y debió ser trasladado al hospital. Un mes más tarde se le amputó el brazo izquierdo. Después de haberse restablecido fué condenado y encerrado en prisión. En la prisión, un verdadero infierno, redactó un plan sobre la "reforma de las prisiones". El alcalde, que revisó esta obra, se maravilló del talento de Sifo.

Tres años pasó en prisión, pero nunca tristes. Redactó allí un libro sobre el dialecto de Cantón, que fué admirado por los más conocidos filólogos. Después de la liberación permaneció en Hongkong y fundó con otros camaradas un grupo terrorista. En 1911 arrojó Lin-Kan-Ci, miembro de ese grupo, una bomba sobre Li-Joen. Sifo mismo proyectó matar en Pekín al sucesor del trono, el emperador. Sifo permaneció en Shanghai, donde, a través de buenas perspectivas de propagar sus ideas. Luego volvió a Cantón y fun-

dó allí una escuela de "Lui Min" (El grito del gallo en las tinieblas).

Durante el año 1907 publicaron algunos estudiantes chinos en París un periódico en idioma chino con el título de "Los tiempos nuevos". En él aparecieron traducciones de conocidos anarquistas, como Bakunin, Kropotkin, etc. La introducción de ese periódico en China era muy difícil. "Lui Ming" tomó de "Los tiempos nuevos" los mejores artículos y los publicó como folletos, que hallaron una gran difusión.

En 1912 fundó Sifo un grupo esperantista.

En el verano del año 1913, durante la guerra en China, se indignó contra los crímenes militares que veía con sus propios ojos, y atacó al militarismo acremente en el periódico "La voz del Pueblo" que aparecía en chino y en esperanto (nr. 1-2). A causa de esos ataques fué prohibido el periódico y Sifo fuertemente perseguido, pero logró huir a Chacao; Chacao, una colonia portuguesa, estaba de acuerdo con el gobierno chino, y prohibió la publicación del periódico. Por fin, después de dos años de prohibición, apareció de nuevo en Shanghai. En julio del año siguiente, fundó Sifo en Shanghai un grupo anarquista; esto fué lo que incitó a los anarquistas a seguir en todas partes el ejemplo y a fundar grupos en Oriente.

Sifo era valeroso, decidido y aplicado. Sin dinero y con muy pocos colaboradores publicó "La voz del Pueblo". Era su administrador, su redactor y su tipógrafo en una sola persona. Cada número le costaba una enfermedad, pero sanaba, y volvía a la brega con un nuevo número; así derrochó su vida joven. Su pobreza le impidió visitar a un médico. Se le incitó a vender la tipografía, pero rehusó diciendo que la tipografía era la fuente vital de nuestras ideas en Oriente y sería lástima venderla para salvar solamente su persona.

Con la ayuda de sus amigos se le llevó a un hospital. Pero su enfermedad había hecho muchos progresos, y Sifo falleció el 27 de marzo de 1915, a los 31 años.

Nuestro camarada no sólo admira la sabiduría de Tolstói, sino su moralidad. Con camaradas afines fundó el grupo "Conciencia". Los principios de ese grupo eran:

Contra el uso de la carne, del alcohol y del tabaco; contra el matrimonio, la familia, la esclavitud; contra la esencia burocrática, contra el parlamentarismo, contra los partidos, contra la profesión militar, contra la religión.

Durante su última enfermedad le prescribió el médico que comiera carne para fortalecerse. La rechazó.

X. X.

(1) Desgraciadamente el autor no nos dice lo que significa esa expresión.

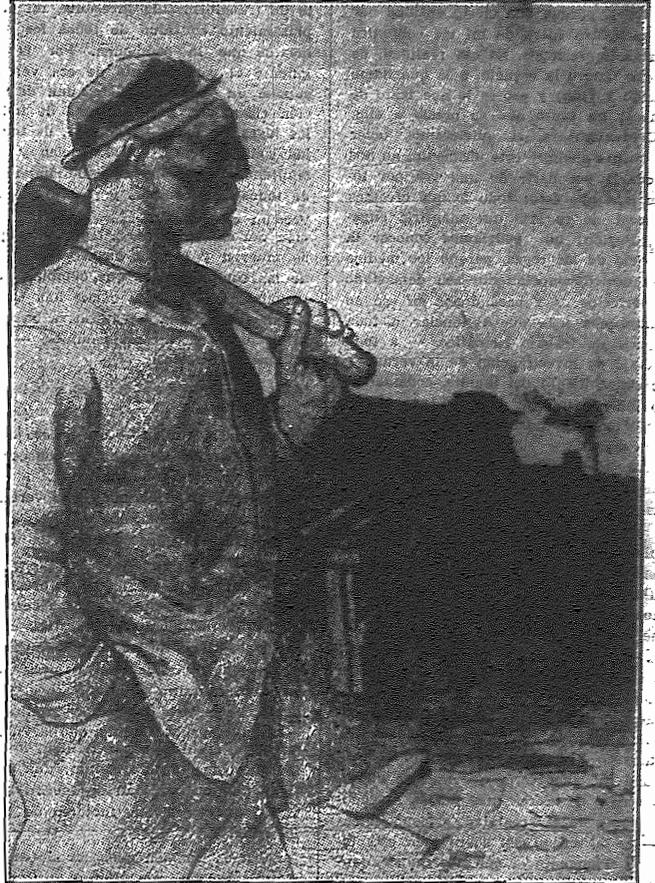
### PENSAMIENTOS DE IBSEN

(Oda a un orador revolucionario.)

Dice usted que yo me he vuelto conservador. Soy lo que fui toda mi vida; —no juego cuando se limitan a mover los peones. —Invertí el juego y seré vuestro hombre. —No conozco sino una sola revolución que no haya sido hecha por un chambón; —ella sobrepasa a todas las hechas después, y es del diluvio que hablo. —Y sin embargo, hasta en aquella, el diablo fué engañado; Noé, como usted sabe, tomó la dictadura. —Recomencemos la cosa y más radicalmente. Se necesitan para ello luchadores y oradores. —Si ustedes se ocupan de hundir el arca, yo arrojaré con alegría el torpedó a sus flancos!

Os deseo un robusto egoísmo, que os haga considerar lo que os pertenece propiamente como lo único, que posee un valor, una importancia real, y que el resto no exista.

No creáis, por esto, que mi naturaleza es brutal. No sabrías servir mejor a la sociedad que amonadando el metal de que estáis hecho. Yo no he comprendido fuertemente nunca la solidaridad. La he aceptado como un tradicional artículo de fe. Si tuviese el coraje de apartarla completamente, se libraría a la personalidad del peso más pesado que la molesta. —(carta a Jorge Brandes).



C. MEUNIER — Minero

## SOBRE LA SINTESIS

La leyenda afirma que Jesucristo no respondió a la pregunta de Poncio Pilatos: "¿Qué es la verdad?". Es muy probable por lo demás que en esos momentos trágicos no tuviera el ánimo como para ocuparse de razonamientos filosóficos. Pero aunque hubiese tenido tiempo y deseo de iniciar, una controversia sobre la esencia de la verdad, no le habría sido fácil responder de una manera definitiva.

Han transcurrido muchos siglos desde entonces. La humanidad ha dado más de un paso hacia el conocimiento del mundo. La pregunta de Poncio Pilatos ha inquietado, ha hecho pensar, y ha hecho sufrir a gran número de espíritus. Las vías y los métodos de la investigación de la verdad han variado muchas veces. Pero la pregunta no tiene aún respuesta...

Tres obstáculos principales se levantan en el camino de la investigación y establecimiento de la verdad objetiva, no importa en qué dirección o en qué región se quiera encontrarla.

El primero de esos obstáculos es el sello de un carácter puramente teórico y filosófico. De hecho la verdad es el gran todo que existe; todo lo que existe en realidad. Conocer la verdad equivale a conocer lo que existe. Pero conocer lo que existe — conocer la verda-

dera verdad, la esencia de las cosas (la cosa en sí), — parece ser, por varias razones, imposible en la hora actual y tal vez lo será siempre así. La razón esencial de esta imposibilidad es la siguiente: El mundo no podría nunca ser para nosotros más que la idea que nos formamos de él. Se presenta a nosotros no tal como es en realidad, sino tal como nos es pintado por nuestros pobres y falsos cinco sentidos (o más), y por nuestros métodos incompletos y ordinarios para conocer las cosas. Los uños y los otros son muy restringidos, subjetivos y engañadores. — He aquí un ejemplo sacado del dominio de los sentidos: como se sabe, no existe en la naturaleza en realidad ni luz ni colores ni sonidos; sin embargo tenemos una impresión del mundo que consiste en luz y en colores (oscilaciones recogidas con ayuda de nuestro órgano visual) y en sonidos (movimientos recogidos y transformados por nuestro aparato auditivo).

Para servir de ejemplo en el dominio del conocimiento bastará indicar el hecho que constantemente algunas teorías son rechazadas para ser reemplazadas por otras. (Un ejemplo reciente es el de la famosa teoría de Einstein sobre la relatividad que tiende a "trastornar" todo nuestro sistema de conocimientos). La única cosa que yo sé inmediatamente es que existo (cogito, ergo sum) — y que existe una cierta realidad fuera de mí. Sin conocerla exactamente, sé, sin embargo que existe primeramente, por-

que él yo existo, debe existir una cierta realidad que me ha creado, en segundo lugar, porque una cierta entidad que se encuentra fuera de mí me comunica ciertas impresiones. Es esa realidad, de la que ignora la esencia, a la que llamo mundo y vida; y eso es lo que trato de conocer en tanto que se preste a ello.

Evidentemente, si quisiéramos tener en cuenta siempre este obstáculo, no nos quedaría por decir de una vez por todas más que esto: todo lo que creemos conocer no es más que mentira, engaño, ilusión; no podríamos conocer la esencia de las cosas, porque los medios de nuestro conocimiento son demasiado imperfectos... Y basándonos en eso no tendríamos más que renunciar a toda especie de trabajo científico, — a todo trabajo de investigación de la verdad y de conocimiento del mundo, considerando toda tentativa de ese género como perfectamente inútil y condenada al fracaso eterno.

Sin embargo, en la mayoría aplastante de nuestros actos científicos de pensamiento tanto como prácticos, — si exceptuamos el dominio de la especulación puramente filosófica, — no tenemos apenas en cuenta este obstáculo, primeramente, porque si lo hacemos, deberíamos renunciar verdaderamente a toda actividad científica, a toda investigación de la verdad (lo que por muchas razones es perfectamente inaceptable para nosotros); y luego, porque tenemos ciertas razones para creer que nuestras impresiones reflejan sin embargo hasta un cierto punto la realidad tal como es, y que nuestro entendimiento se acerca más y más al conocimiento de esa realidad, el conocimiento de la verdad. Es sobre todo este último argumento el que nos induce, junto con otros impulsos, a ampliarla y profundizarla, sin discontinuar nuestro trabajo de investigación.

La cuestión de la verdad se plantea igualmente en los límites de esa realidad. Y aquí todo, desde la realidad, accesible a nuestro entendimiento, y a nuestras impresiones, así como por seguir la ampliación continua de sus límites, cognoscibles, — eso nos parece ser ya un problema de la más alta importancia.

Pero en este caso igualmente, — vemos surgir ante nosotros en el camino de las investigaciones y del establecimiento de la verdad otros dos obstáculos, de un carácter concreto también. Obstáculo segundo. — Así como la vida, la verdad es indivisible. La verdad (así como la vida) es el gran todo. Conocer tal o cual parte de la verdad no quiere decir conocer la verdad (aunque sea preciso a veces ir del conocimiento de las partes hacia el conocimiento del conjunto). Conocer la verdad significaría conocer el universo entero: toda la existencia, toda la vida, todas las vías de ésta, así como todas sus fuerzas, todas sus leyes y tendencias para todos los tiempos y en todas las circunstancias, en todos sus secretos diferentes, en todos sus fenómenos y sus detalles, aislados así como en conjunto. Ahora bien, si no estuviera eso más que en los límites del mundo inteligible para nuestras facultades de impresión y de entendimiento, — abarcar el universo, conocer la vida y penetrar su sentido íntimo nos parecería imposible actualmente y tal vez no sea posible jamás.

Obstáculo tercero. — El rasgo más característico de la vida es el movimiento eterno e inintermitente, con los cambios y transformaciones continuas. Por lo tanto, no existe verdad firme, constante y establecida. O más bien, si

existe una verdad general y entera, su calidad principal sería un movimiento de transformación incesante, un desplazamiento continuo de todos los elementos que la componen. Por consiguiente el conocimiento de esa verdad supone un saber completo, una definición clara, una noción exacta de todas las leyes, de todas las formas, de todas las combinaciones, consecuencias y posibilidades de todos esos movimientos, de todos esos cambios y permutaciones. Pero un conocimiento semejante, una noción tan exacta de todas las fuerzas que se mueven y oscilan hasta el infinito, de las combinaciones que cambian continuamente, — aún si existe una cierta regularidad y una ley iterativa en esas oscilaciones y en esos cambios, — sería casi imposible.

II

Conocer la verdad — eso quiere decir conocer la vida tal como es, conocer la esencia verdadera de las cosas.

Nosotros no conocemos esa verdadera vida, no conocemos la verdad.

Sin embargo, poseemos ciertos conocimientos.

En tanto que recibimos impresiones de la vida y que aprendemos a conocerla por el testimonio de nuestros sentidos y por la vía de los medios de conocimiento que se encuentran a nuestra disposición, en tanto precisamente que tropezamos con los obstáculos indicados, — sabemos, primeramente, que la vida es una gran síntesis, como realidad lo mismo que como sentido íntimo: una resultante de una cantidad de fuerzas y de energías diversas, de factores de todos los géneros.

Sabemos también que ésta síntesis está sujeta a un movimiento continuo, a variaciones incesantes; sabemos que esta resultante no se encuentra nunca en reposo, sino que al contrario oscila y cambia de lugar sin dejar laguna de continuidad.

Conocer la verdad — quiere decir abarcar, conocer y comprender el conjunto de esa síntesis mundial en todos sus detalles, en todo su conjunto y en todo su movimiento eterno, en todas sus combinaciones y sus variaciones ininterumpidas.

Si conociésemos la vida en sus detalles, en su conjunto y en sus movimientos, — conoceríamos la verdad. Y esa verdad sería la resultante constantemente en movimiento de una cantidad de fuerzas: una resultante de la que deberíamos conocer igualmente todos los movimientos.

No conocemos ni la vida verdadera ni su síntesis; no conocemos ni la realidad, ni sus sentidos, ni sus movimientos. La vida en su conjunto es para nosotros un enigma, el gran misterio. No conseguimos más que percibir de tanto en tanto algunas partículas de su síntesis...

No conocemos la verdad auténtica, el verdadero objetivo de las cosas. No sólo no hemos logrado todavía descubrir la verdad, sino que no sabemos siquiera si la descubriremos alguna vez. No conseguimos sino encontrar de tanto en tanto algunos granos aislados de la verdad, granos diminutos y brillantes de oro preciosos con lo cual nos es imposible todavía formar nada entero...

Pero buscamos la verdad (o mejor dicho, algunos de nosotros lo hacemos). La buscamos desde hace siglos y milenios. Buscamos en todas partes, en todas direcciones, con tenacidad, poniendo en

tenión todas nuestras fuerzas, penosamente, dolorosamente...

Y al saber que la vida es una gran síntesis, sabemos por consiguiente que la busca de la verdad es la busca de la síntesis; que el camino de la verdad es el de la síntesis; que al estructurar la verdad, hay que recordarse siempre de la síntesis, de aspirar siempre a ella.

Y puesto que sabemos que la vida es un movimiento continuo, debemos, al buscar la verdad, tener en cuenta constantemente ese hecho.

III

El campo de las investigaciones que nos interesa particularmente no es el de la filosofía y el de la especulación pura. El círculo en que se mueven particularmente nuestros intereses, nuestras aspiraciones y nuestras tentativas de construcción es el de los problemas de biología y sobre todo de sociología, mucho más concreto y accesible.

Tratando de establecer tal o cual concepción social, de intervenir activamente en la vida social y de influir sobre ella, en un cierto sentido, queremos descubrir en ese dominio concreto la verdad dirigente.

¿Qué haremos para encontrarla? Generalmente tomamos algunos fenómenos en la vida en el dominio dado, hacemos un análisis, tratamos de conocer y de penetrar su sentido.

Sucedo muy a menudo que conseguimos obtener el balance exacto de algún fenómeno, y que llegamos por consiguiente a poner el dedo en un rincón, en una fracción, en una partícula de la verdad.

Cuatro errores cardinales son muy frecuentes — y muy característicos — en estos casos.

1. — El análisis humano no es infalible. No lleva directamente hacia la verdad exacta e inmutable, absoluta. En todo análisis, en toda investigación humana se encuentran inevitablemente, al lado de partículas de verdad percibidas sobre el vivo, errores más o menos grandes, lapsos, a veces olvidos y falsos juicios — por tanto afirmaciones que no son conformes a la verdad. Olvidamos generalmente que es así, y en lugar de tratar de establecer y eliminar los errores, de encontrar y de aplicar las correcciones necesarias, las pasamos por alto, o bien, peor aun, — consideramos nuestros errores también como una expresión de la verdad; lo que hace que desfigurémos y falseemos su valor.

2. — Salvo muy raras excepciones, estamos generalmente inclinados a exagerar la significación, a veces muy ínfima, de la partícula de la verdad encontrada por nosotros, a generalizarla, a hacer de ella la verdad entera, a extenderla, sino a la vida en su conjunto, al menos a los fenómenos de orden más vasto y más complicado y a rechazar al mismo tiempo otros elementos de la verdad buscada.

3. — Dejamos a menudo por el análisis y una generalización errónea de los resultados, olvidamos completamente el tener en cuenta el segundo factor de una importancia y de un valor extremos: el dinamismo inintermitente de la vida y de la verdad. Sin embargo, lo mismo que sería erróneo tomar la forma adoptada en un cierto momento por un átomo de un elemento por su forma constante, lo sería el suponer permanente rigidez en la esencia de la verdad; lo que acaba de ser (o lo que hubiera podido ser) verdad no hace más que un momento — no es verdad ya en el momento siguiente. La síntesis misma no es inma-

table. No es más que una resultante constantemente en movimiento, que se aproxima ya a uno y ya al otro de los factores y no permanece largo tiempo ni cerca del uno ni cerca del otro. No tenemos suficiente cuenta de este hecho de una importancia singular, (Este fenómeno de la variabilidad constante de la resultante, así como de la importancia de su aplicación al estudio de los hechos de la historia humana, será examinado en otra parte.)

Los errores indicados tienen una importancia singularmente nefasta para el dominio de las ciencias humanitarias, para la comprensión y el estudio de nuestra vida social que representa una síntesis excepcionalmente complicada de factores particularmente numerosos y cuya mayor parte son, de un orden especial, un movimiento y una consecuencia de combinaciones, — ambos igualmente complicados — de elementos diversos (que están lejos de ser solamente mecánicos).

He aquí algunos ejemplos que podrán servir de ilustración: la definición hecha por Marx-Engels y sobre todo por sus adeptos del rol del factor económico en la historia (el llamado materialismo histórico, — ese análisis excelente pero unilateral (y por consiguiente no del todo exacto), y — las deducciones exageradas y "cerradas" (por tanto inexactas) que se han hecho de ella; la teoría de las clases de Karl Marx y de sus adeptos — ese análisis tan brillante, pero estrecho e insuficiente (por consiguiente erróneo en muchos puntos), y las deducciones victoriosas que se hicieron de ella; la "teoría" de la lucha por la existencia con todos sus errores y exageraciones; la teoría individualista unilateral de Max Stirner (y sobre todo de sus adeptos) y otras todavía.

La doctrina económica de Marx y su teoría de las clases, la concepción individualista de Stirner lo mismo que la teoría de la lucha por la existencia de Darwin, etc., etc., son siempre análisis admirables, que son justamente dirigidos y están llamados a dar resultados importantes, de uno de los factores, de uno de los elementos de la síntesis vital tan complicada. Pero falta a todas esas teorías, para acercarse a la verdad, la síntesis, una cosa esencial: la comprensión de la necesidad de juxtaponerlas con el análisis de otros elementos y de otros factores, con las deducciones que pueden ser hechas de los resultados de los otros análisis. Les falta el deseo de apreciar los fenómenos de un orden diferente, la aspiración hacia la investigación de la síntesis. Se olvida que la vida real es una síntesis de diferentes series de fenómenos; que esa síntesis es más la resultante móvil y variable de esas series que se encuentran también constantemente en movimiento. Se pierde de vista la sinteticidad real y móvil de la vida y la necesidad de una sinteticidad correspondiente de su conocimiento científico. De ahí que en lugar de acercarse a la verdad nos alejemos de ella.

Esta actitud errónea ante los fenómenos examinados, ante las partículas de verdad descubiertas, causa perjuicios considerables a todas nuestras tentativas de construcción social, porque nos hace desviar del camino que lleva a una solución exacta de los problemas que se plantean ante nosotros.

En efecto, si en cada verdad encontrada por nosotros, se halla inevitablemente una alianza de no-verdad; si toda verdad parcial descubierta por nosotros no es nunca la verdad entera; si la ver-

dad así como la vida misma es siempre sintética y móvil. — entoces en nuestras construcciones nos acercamos a la verdad, examinamos y entendemos los fenómenos y los procesos vitales tanto más justa y exactamente a medida que verificamos más meticolosamente la verdad encontrada, que la comparamos con otros fenómenos y partículas de verdad descubiertas en el mismo dominio, que nos acercamos a la síntesis y que tenemos presente constantemente el hecho esencial del movimiento ininterrumpido de todas las cosas. Y nos alejamos de la verdad, de una comprensión apropiada de la vida, de una concepción justa, tanto más cuanto menos nos ocupamos de verificarla, de compararla, de yustaponerla, en fin a medida que nos mantenemos alejados de la síntesis y de la idea del movimiento.

Es muy probable que no lleguemos nunca al conocimiento de una síntesis justa y entera; Pero el principio que debe guiarnos, es un esfuerzo constante para aproximarnos a ella lo más posible.

Siempre que cerramos los ojos sobre los defectos y los vicios de las partículas de verdad encontradas por nosotros — nos alejamos del resultado buscado. El método justo consiste, al contrario, en tener cuidadosamente en cuenta esos errores y en buscar los correctivos.

Siempre que tomamos una partícula de verdad encontrada por nosotros por la verdad entera y única y que rechazamos las otras partículas, sin tomarnos la pena de mirárlas de cerca, — nos alejamos de la solución justa. El método justo consiste en yustaponer toda partícula encontrada con otras, en esforzarnos en descubrir partes de verdad siempre nuevas y en tratar de ponerlas de acuerdo a fin de que no formen más que un todo entero. Es esa la única vía que puede acercarnos al fin.

Siempre que nos limitamos a sacar el balance de nuestro análisis hecho bajo un solo aspecto de la cuestión, y que olvidamos la necesidad de continuar nuestra obra de investigación aspirando a operar la síntesis con los otros aspectos nos alejamos aún más del fin, por brillante y exacto que sea nuestro trabajo de análisis. — Siempre que nos olvidamos de tener en cuenta los factores constantes del movimiento y de la variabilidad y que tomemos la partícula de verdad encontrada por nosotros por algo estable, firme, "petrificado", — nos alejamos de la verdad. El camino justo es el de tener en cuenta siempre la multiplicidad de los factores que se encuentran todos comprometidos en un movimiento continuo y el de buscar la resultante (móvil también) de esos factores.

IV

Si consideramos el anarquismo y sus aspiraciones debemos igualmente constatar con nuestro vivo sentimiento que encontramos allí a cada paso los mismos errores que exigen el mismo trabajo de rectificación; que también allí estamos aun muy alejados de los justos métodos de investigación de la verdad, y por consiguiente de las concepciones exactas.

También aquí nuestro método habitual permanece el mismo; después de haber encontrado y establecido una cierta partícula de verdad (a menudo descubierta desde hace largo tiempo) comenzamos por cerrar los ojos a los errores y a los defectos amalgamados en ella, no procuramos conocerlos y eliminarlos; después nos ponemos a preleamar esa partícula como una corona de la creación, constante e inquebrantable; nos apresuramos a considerarla en calidad de ver-

dad inmutable y entera, olvidamos la necesidad de pasar a un trabajo de síntesis y acabamos por descuidar el movimiento en su calidad de función dueña del desenvolvimiento vital, sobre todo en el dominio de la creación social. Es por eso que también nosotros nos atrincherosamos habitualmente con estrechez y ciegamente tras un ínfimo rincón de la verdad, prohibiéndonos furiosamente la entrada en otros rincones, aunque estén perfectamente bien iluminados, — y esto en lugar de ponernos a la investigación de una síntesis que abarque la obra en su conjunto.

Leo por ejemplo los artículos del camarada Maximof (Puntos de referencia, en el periódico ruso de Estados Unidos *Golos Truzenika*) y veo que se ocupa de establecer de la manera más meticolosa, no solo el plan general, sino los más mínimos detalles de las formas que adoptará el edificio social futuro en el curso de la revolución social. Me digo: "Todo eso está muy bien y ha sido ya suficientemente rehecho. Pero, ¿cómo piensa el camarada Maximof poder garantizar, apilar fértilmente el conjunto complicado y trepidante de la vida, toda esa síntesis enorme y viviente, en los límites fríos de su esquema desecado, hecho sobre el papel? Sé que la vida se rehusará a introducirse en ese esquema; sé que ese esquema no encierra más que algunas partículas de verdad acompañadas de numerosos defectos y numerosas lagunas. Y en tanto que el camarada Maximof entiende hacer de su fórmula algo acabado, pulido y firme, en tanto que esa forma (u otra semejante en su lugar) contiene la verdad sola y única y que todo lo que no está en ella debe ser condenado y anatematizado, soy de opinión que él (o todo otro esquemático meticoloso) no hacen más que exagerar la importancia del factor de organización, justo por sí mismo y que tiene una gran significación, está lejos de ser el factor único impregnado de ciertos defectos de que es indispensable hacerse eco, en lo cual y fuera de la síntesis con otros factores de una importancia igual perdería toda significación.

Cuando los anarco-sindicalistas dicen que el sindicalismo (o el anarco-sindicalismo) es la sola y única vía de salvación y rechazan con indignación todo lo que no se adapta a la medida establecida por ellos, — soy de opinión que exageran la importancia de la partícula de verdad de que están en posesión, que no quieren tener en cuenta ni los defectos inherentes a esa partícula ni otros elementos que forman de concierto con ella la justa verdad, ni la necesidad de la síntesis, ni del factor del movimiento vital creador. Soy, pues, de opinión que se alejan de la verdad. Y temo mucho que se encuentren, llegado el caso, fuera del estado de resistir a la tentación de imponer y de inculcar por la fuerza sus devoluciones escolásticas, que la verdadera vida rehusará admitir, como opuestas a su verdad vital.

Cuando los anarco-comunistas plantean la cuestión según el mismo procedimiento, y no añadiendo más que su propia verdad, rechazan de plano el sindicalismo (o el anarco-sindicalismo), merecen que se les haga el mismo reproche.

Cuando el anarquista individualista, despreciando el sindicalismo y el comunismo, no admite más que su "yo" en calidad de realidad y de verdad, y pretende reducir a él, a ese pequeño "yo" el conjunto de la gran síntesis vital, — comete siempre el mismo error.

Cuando leo en el artículo "El único medio" (en *Anarchitchesky Vestnik* nú-

mero 1) que el perfeccionamiento interior de la personalidad y la unión razonable de las personalidades conscientes en comunidades agrícolas forman la verdad sola y única y la única vía de salvación, — pienso en los anarco-sindicalistas y en su "medio único" también; y me apercho que todas esas gentes, en lugar de investigar la verdad en la síntesis, picotean cada uno su pequeño grano de ella.

Y si se trata de los machovistas, que creen que la única verdadera forma del movimiento es la suya y que rechazan todo lo que no lo es, — están tan alejados de la verdad como los otros.

Y cuando oigo decir que los anarquistas no deberían hacer obra más que de crítica y de destrucción y que el estudio de los problemas positivos no entra en el dominio del anarquismo, — considero esta afirmación como un grave error en relación a la sinteticidad indispensable a nuestras investigaciones y a nuestras concepciones.

Son, sin embargo, los anarquistas precisamente, los que deberían recordarse más que nadie constantemente de la síntesis y del dinamismo de la vida.

Porque es justamente el anarquismo el que tiene mejor concepción de la vida y del mundo, y el que por su esencia misma es profundamente penetrado por el principio creador y motor de la vida. Es justamente el anarquismo el llamado a esbozar y quizás también a realizar esa síntesis social científica que los sociólogos están siempre en tren de buscar sin sombra de éxito, y cuya falta lleva de una parte a las concepciones pseudo-científicas del marxismo, de un individualismo llevado al extremo y de otros diversos "ismos", cada cual más estrecho, más cerrado, más alejado de la verdad que el otro, y por otra parte — a gran número de recetas, de concepciones y de tentativas prácticas de las más ineptas y de las más absurdas.

La concepción anarquista debe ser sintética; debe tratar de convertirse en la gran síntesis viviente de los diferen-

tes elementos de la vida, establecidos por el análisis científico y fecundados por la síntesis de nuestras ideas, de nuestras aspiraciones y de las partículas de verdad que hemos logrado descubrir; deberá hacer eso si desea ser un precursor del progreso humano que las docenas de "ismos" enfierrados, estrechos y petrificados no pueden evidentemente llegar a ser.

No soy de ningún modo adversario del sindicalismo: me pronuncio solamente contra su megalomanía; protesto contra la tendencia a hacer de él un dogma único, infalible y osificado — algo así como un yerno del marxismo y de los partidos políticos.

No soy de ningún modo adversario del comunismo (anarco-comunismo, claro está): me pronuncio solamente contra toda estrechez de miras y contra toda intolerancia sectaria; protesto contra su perversión dogmática y contra su mortificación.

No soy de ningún modo adversario del individualismo: me pronuncio solamente contra su ciego egocentrismo.

No soy un adversario del perfeccionamiento moral; pero no admito que sea reconocido como un "único medio".

No soy un adversario de la organización; pero no quiero que se haga de ella una jaula.

Encuentro que la obra de la emancipación de la humanidad exige a título igual: la idea del comunismo libre como base material de una vida sana en común; el movimiento sindicalista como una de las palancas indispensables a la acción de las masas organizadas; la "machovestehina" como expresión de la sublevación revolucionaria de las masas, como insurrección e ímpetu; la vasta circulación de las ideas individualistas que descubren para nosotros horizontes radiantes que nos enseñan a apreciar y a cultivar la personalidad humana; y la propaganda contra la violencia que debe poner la revolución en guardia contra los excesos y las desviaciones posibles...



MADRE

Me parece que cada una de esas ideas, que cada uno de esos fenómenos encierra un granito de verdad que se manifestará claramente un buen día, cuando los defectos, los errores, las perversiones y las exageraciones sean rechazadas.

Me parece que todos esos granitos — todos esos fenómenos y esas ideas — encontrarán suficiente plaza bajo las amplias alas del anarquismo sin que haya necesidad de hacerse mutuamente una guerra encarnizada. Sería preciso solo querer y saber reunirlos y unificarlos.

Para llegar a ese fin es preciso que los anarquistas comiencen por elevarse por sobre los prejuicios importados de fuera de su medio y perfectamente extraños a la esencia de la concepción anarquista del mundo y de la vida, de los prejuicios de estrechez humana, de una exclusividad mezquina y de un egocentrismo; es indispensable que todos se pongan a trabajar — cada cual en lo que importa que esfera de ideas y de fenómenos, en conformidad con su situación, con su temperamento, con sus preferencias, con sus convicciones y sus facultades — estrechamente ligados y unidos y respetando plenamente la libertad y la personalidad ajena: es preciso trabajar

mano a mano tratando de prestarse mutuamente ayuda y socorro, dando prueba de una tolerancia amistosa, respetando los derechos iguales para cada uno de los camaradas y admitiendo su libertad de obrar en la dirección escogida, conforme a sus gustos y a su modo de ver — la libertad de desarrollar plenamente toda convicción. Esto aceptado, nos compete la tarea de decidir de las formas que deberá adoptar esa colaboración unificada.

No es más que sobre una base semejante como podrá hacerse una tentativa de unión verdadera entre todos los obreros del anarquismo y de unificación del movimiento anarquista. Porque, me parece, no será más que sobre esa base que nuestras antinomias, nuestras exageraciones llevadas al extremo, nuestras acritudes y nuestras adersiones podrán ser suavizadas, como nuestras desviaciones y nuestros errores podrán ser rectificadas y como, estrechando cada vez más nuestras filas más y más vastas, se cristalizará viviente, brillando con una llama más y más ardiente, dibujándose cada vez con más claridad y con más grandeza — la verdad.

VOLIN

## La "Révolte" contra la "Société des gens de Lettres". Documentos inéditos

De "La Grande Revue", (Paris) enero 1924, traducimos el artículo del camarada Juan Grave que va a continuación; contiene materiales que hacen reflexionar sobre la miseria espiritual de grandes escritores; con los documentos que Gross, se a reducir no podemos menos de constatar lo íntimamente que está ligada la literatura a los intereses comerciales.

(N. de R.)

En los primeros tiempos de la propaganda, un camarada llamado Eugène Baillet, que bajo el imperio había militado en la campaña republicana con Gambetta, me habló a menudo de un proyecto que acariciaba desde hacía largo tiempo: "tomar en la literatura, tanto antigua como contemporánea, sobre todo de los más calurosos partidarios del régimen autoritario, todo lo que podía favorecer la idea anarquista, y publicar una revista enteramente compuesta con esos extractos".

Fué en Ginebra, a donde yo había ido para ocuparme de la publicación del *Révolte*, donde recibí el primer número de su periódico, que había titulado *Le Glaneur Anarchiste*.

Pero la idea anarquista estaba todavía en sus comienzos. El "medio-cuartero" iniciador no había crecido bastante aun y el *Glaneur Anarchiste* debió cesar de aparecer desde su tercer número.

El primer número contenía el artículo la *Anarchie*, escrito por Ranc para la *Enciclopedia* cuya publicación había emprendido Jules Mottu.

La idea de Baillet me había parecido siempre excelente. Por lo demás había sido ya puesta en ejecución desde los primeros números del *Révolte*, que daba, cuando había espacio, extractos literarios. Hasta Michel Achinsky, más conocido con el pseudónimo de Michel Delinez, había inaugurado una rubrica especial con este título: *Colaboraciones originales*; donde se reproducen los artículos reaccionarios que, daban completamente razón a la argumentación anarquista.

Así, cuando a consecuencia de las persecuciones que he sufrido nunca la "Libra Helvética" me faltaron de las ideas de emancipación, para trasladar el *Révolte* a Paris y cuando el periódico se desarrolló se presentó de inmediato la idea de añadir un suplemento literario, al basar el mejoramiento de nuestros órganos.

Había ampliado ligeramente la idea de Baillet: no sólo acudiríamos a la lite-

ratura moderna y antigua, sino a la literatura internacional, a la literatura sociológica, a la literatura pura, siempre que fuese bella y buena literatura y, cuando fuera posible, a la literatura científica.

Participé esta idea a Reclus y a Kropotkin. Pero éstos, lejos de animarme, me pusieron varias objeciones, siendo la principal que, al cabo de muy poco tiempo, careceríamos de materiales para componer nuestro suplemento.

Pero, sin estar convencidos, acabaron por adherirse al proyecto y, en noviembre de 1897, con el número 10 de la *Révolte* apareció el primer número de nuestro suplemento, con extractos de Luis Grammont, de Alejandro Dumas, de Max Nordau, de Camille Desmoulins, de Schiller, de Chamfort, de Zola, de Condorcet, de Quetelet, de Sismondi, y de Alfred de Vigny; además una poesía de Hegesippe Moreau. Estaba en la calle; duró 27 años, no muriendo sino con *Les Temps Nouveaux*, a quien la declaración de guerra dió el golpe fatal, privándolo por la movilización de las tres cuartas partes de sus lectores.

Desde sus comienzos, el suplemento fué muy apreciado, tanto por los autores reproducidos como por los lectores; tengo un enorme montón de cartas de autores que daban con entusiasmo su autorización. No hubo sino dos o tres — entre ellos Harry Allys — que se atrincharon tras la condición de miembros de la *Société des Gens de Lettres* para rehusarse a ello, pero la mayoría me dejaban libre de hacer la reproducción a más riesgos y peligros.

Desde el principio, pues eso me parecía correcto, había creído bueno escribir a los autores de quienes tenía extractos para reproducir pidiéndoles permiso.

Conocía bien la *Société des Gens de Lettres*, pero ignoraba en absoluto sus reglamentos. No me dirigí a ella, sino a los autores, no pudiéndome imaginar que un autor no pudiera dar permiso para reproducir lo que quisiera de sus obras.

Cuando digo que había pedido a los autores autorización, es a casi todos, como debería decir, pues no pude procurarme la dirección de algunos; respecto de otros, de muy pocos, — de Maupassant entre ellos —, no sé por qué razón descuidé el hacerlo, o por qué dejé para otra ocasión el hacerlo.

En todo caso, el suplemento nos puso en un buen terreno en el mundo literario. Como he dicho, todos aquellos — sal-

vo dos o tres — a quienes escribí, me contestaron voluntariamente la autorización pedida.

Habiendo leído en la "petite correspondencia" del periódico la respuesta que daba a un lector que pedía que reprodujésemos todos los *Blasphèmes* y la *Chanson des Gueux*, a quien respondía que no teníamos derecho, Richepin me envió los dos volúmenes con autorización para reproducirlos por completo si me complacía, diciendo que estaba orgulloso de ser apreciado por un público que le interesaba para oponerse a la reproducción pedida. En otra carta me escribía que su tratado con el *Gil Blas* estipulaba que la "reproducción prohibida" no concernía a la *Révolte*.

Tengo en mi archivo, masas de cartas de autores conocidos, todas tan aprobatorias y aún de autores que pertenecían a la *Société des Gens de Lettres*, cuya mayoría, por lo demás, se colocó de nuestra parte cuando dicha Sociedad quiso procesarnos.

Todo fué bien por algún tiempo. Pero en julio de 1899, es decir, cuando el suplemento existía desde hacía cuatro años, recibí una carta firmada Ed. Montagne, delegado de la *Société des Gens de Lettres*, que me reclamaba la suma de 41 fr. 50 por haber reproducido una novela de Paul Arène, *Les Anes de Piégut*.

No encuentro esa carta, ni la respuesta que le di, en la cual debía explicar que nuestro periódico era un periódico de ideas y no una empresa comercial, que sus redactores no estaban a sueldo, que, lejos de dar beneficios, no lograba mantenerse más que gracias a los sacrificios consentidos por los que aprobaban su línea de conducta, cosas todas que debía tener en cuenta una Sociedad que se decía de "gens de lettres" antes de exigir pago alguno de nosotros.

En una segunda carta, que publiqué en la *Révolte* del 6 de agosto de 1899, el señor Montagne me replicaba "que la Sociedad respetaba la propaganda de ideas, y no se preocupaba de si reproducía extractos de artículos de polémica o bibliográficos, pero que se debía pagar cuando se trataba de artículos enteros".

"Sin embargo, teniendo en cuenta nuestra buena fe, el comité nos propoñía reducir la suma a pagar 16 fr. 50 en lugar de los 41 fr. 50, y firmar un contrato comprometiéndonos a pagar 0 fr. 05 la línea por toda reproducción, con un mínimo mensual de cinco francos y un desembolso de 50 francos como depósito en garantía".

El señor Montagne tenía una manía por los regateos. Encontraremos otros ejemplos en el curso de este artículo.

Es en la *Révolte* del 16 de agosto donde encuentro mi respuesta al señor Montagne:

"Paris, 10 de agosto de 1899.

Señores,

Dada la situación particular de nuestro periódico, su fin único de propaganda de ideas, habría esperado de una sociedad de literatos la demanda del pago de una suma insignificante como reconocimiento de los derechos que pretendo tener, y no la aplicación de una tarifa. Veo que tengo que tratar más con mercaderes que con literatos. ¡Por dios! ¡cinco céntimos la línea por malas reproducciones, cuando no tenemos los medios de pagar nuestros propios colaboradores! Es preciso que consideréis curiosamente la literatura, cuando los Mirbeau, los Zola, los Richepin, los Févre, los Darien, los Descaves, los Lanessan, los Hovelécque, los Nordau, los Letourneau y tantos otros, nos autorizan a la primera solicitud para reproducir lo que nos placía de su obra.

¡No os molestéis! Vuestra prosa es demasiado cara para nosotros, renuncio a ella: sobre todo a la obligación de pagar de antemano 50 francos por reproducciones que no haremos tal vez. ¡Vosotros no dáis a crédito! ¡Parece que vuestras producciones tuvieran curso forzoso para los que tratan con vosotros!

Nosotros, obreros, una vez pagados, — muy mal pagados, — por nuestro trabajo, no tenemos más rentas. Puede servir para pasar indefinidamente de mano en mano, nosotros no tenemos ningún derecho a él. Vuestro caso no es el mismo. Queréis pagos continuos. ¡Os honra mucho esa manera de considerar la literatura!

El número de los literatos independientes, que comprenden la literatura de otro modo que como un pretexto para comerciar, es suficiente para hacernos esperar una amplia cosecha que nos permitirá no lamentar la espiñadura en vuestro campo. Trataremos de apartarnos de las trampas de lobo de vuestra propiedad.

Por lo demás, entre aquellos que constituyen parte de vuestra sociedad, todos no tienen esa estrechez de espíritu. Algunos la juzgan en lo que vale. Testimonio, este extracto que tomo de la respuesta que me dió uno de ellos a la demanda de autorización para reproducir algunos extractos de sus obras:

"La *Révolte* no debe ser rica y la *Société des gens de Lettres* nos prohíbe conceder las reproducciones, pero esa sociedad, tienda de fabricantes, representa demasiado poco la literatura para que tenga en cuenta sus estatutos".

Es una apreciación que justificáis ampliamente con vuestro modo de proceder. Os envío los 16 fr. 50 reclamados.

J. GRAVE."

Mi error fué haber pagado. Para la Sociedad era indiferente que le dijese más de cuatro verdades... siempre que pagara.

El 12 de diciembre del mismo año, nueva carta del infatigable Montagne que me decía que: "para mantener solamente el principio de sus derechos, la Sociedad había reducido, la primera vez, sus reclamaciones al mínimo posible.

"Que una segunda vez, a pesar de sus precedentes avisos, y a despecho de los términos poco medrados de mi correspondencia, había abandonado su reclamación (cosa de que no tengo ningún recuerdo), pero que al reproducir de nuevo: *Workhouses* y *La Révolte des Tramps* de Hector France; *Le Mariage* de G. de Maupassant; *Treize*, de León Gladel y *L'Origine des Dieux*, de C. Lemonnier (¡Pobre Montagne, perdía la cabeza! *L'Origine des dieux* no era de C. Lemonnier, sino de Saint Saenz. Es *Polihobon vengé* lo que habíamos dado de Lemonnier), debía pagar la suma de 350 francos, más el contrato habitual a firmar, pero con aumento. La primera vez, parece, se había engañado al enviarme el contrato habitual a los periódicos de provincia. ¡Era un mínimo mensual de 20 francos a lo que debía comprometerme y un depósito como garantía de 200 francos el que debía hacer! ¡bajo pena de persecución a los cuatro días!

A esto, el señor Montagne tenía la gentileza de añadir: "que el tratado no me pondría de ningún modo al abrigo de las persecuciones si no tenía autorización de los autores, y que su lista de autores cambiaba todos los días y era difícil saber quien formaba o no parte de la sociedad".

Por toda respuesta a Montagne, le rogué que aplicara su contrato para el uso bien conocido desde los tiempos de Rabelais.

Zola acababa de ser nombrado presidente de la Sociedad. Como antes me había dado autorización para reproducir lo que quisiera de su obra, creí que era el momento para usar de ese permiso. Creí que Zola tenía miras más amplias que la Sociedad y que solucionaría el conflicto.

En lugar de eso tuvo el descaro, más tarde, en una entrevista que publicó el *Eclair*, de decir que me había autorizado a reproducir algunas de sus obras, salvo *Germinál*. Ahora bien, el trozo incriminado no era sacado de *Germinál*, sino de *La Bestia Humana*, tomada de *La Vie Populaire*. Su aserto era falso, la autorización no contenía restricción alguna.

Estuve algún tiempo sin volver a oír nada, cuando un buen día, cuando como gerente de *La Révolte* purgaba una condena de seis meses de prisión que me había procurado el inefable Bulot por un artículo que yo no había escrito, se me trajo con el correo del día un expediente que me requería, a pedido de los señores Zola, Fr. Coppée, G. de Maupassant, Courteline y Paul Ginisky a comparecer ante la octava cámara correccional para oírme condenar a pagar a la *Société des Gens de Lettres* la suma de 476 fr. 90, importe de las reproducciones a 9 fr. 25 la línea.

Algunos días antes, el *Bulletin* de la Sociedad había publicado el entrefilet que sigue:

JEAN GRAVE

(Concluído)